

## Capítulo 9: El Consejo Real

Los pasos del Lord Mariscal Richard Val'Dargant retumbaban levemente acompañados del sonido que producía el roce metálico de su lustrosa armadura dorada. Acababa de llegar a la Fortaleza Flotante y Redal ya lo había hecho llamar. Ni siquiera había podido cambiarse.

Pero eso era lo de menos, porque Redal tenía prisa. Prisa por obtener la información de primera mano. Por eso salió de sus aposentos al encuentro de su tío y lo acompañaba en esos momentos por los lujosos pasillos del palacio.

– Podríamos crear unos veinte regimientos más, pero llevará algo de tiempo formarlos debidamente.

– ¿Formarlos? –aquello chirrió en la mente del rey–. No son soldados. No lo serán. Dadles unas lanzas y que hagan bulto. En Mareas Rotas no hay ejércitos, cuando vean acercarse a tantas filas de hombres dispuestos a atravesarles el pecho, verás cómo se arrodillan en masa.

– Alteza... El ejército real no puede permitirse el riesgo de que sus regimientos huyan en desbandada en el momento de la batalla. La experiencia me dice que los granjeros son los primeros en mearse encima en cuanto ven al enemigo y los niños se quedan paralizados en cuanto huelen la sangre. No conocen la disciplina militar y eso nos hará mucho...

– Está bien, está bien. Formadlos rápidamente –permitió, dando a entender que quería zanjar el tema con un ademán.

– En cuanto a las armas... Quizá necesitemos comprar acero... En estos momentos no vamos sobrados.

– ¿Acero? ¡Joder, claro! Cuando perdimos los Mil Reinos nuestras minas pasaron a manos enemigas. Tenemos que recuperarlas.

– Pero mis chicos están organizando la invasión de Mareas Rotas, Alteza...

– Sí, sí. Primero Mareas Rotas, y cuando esos pescadores y cangrejeros se caguen en sus redes iremos a recuperar nuestras minas. Habla con Philippe para que aumente el presupuesto. Entramos en guerra, que ajuste lo que haya que ajustar en consecuencia.

Sabía que el Lord Mariscal y el Consejero de la Moneda no se llevaban bien, pues uno consideraba al otro un despilfarrador, mientras que el otro lo consideraba un tacaño. Pero había tenido que reasignar los puestos de Lord Mariscal, de Juez Supremo y de chambelán. Además de añadir una silla para el mago de la moneda, el mismísimo patrón del banco de Tignes al que había nombrado Consejero de la Moneda: Philippe Val'Detignes.

– Claro, Majestad –masculló Richard.

A Redal no se le escapó ese tono. Salieron al empedrado del exterior, flanqueado por un sinfín de tiestos con plantas de todos los colores así como dos hileras de petunias blancas y violetas. El rey escudriñó el sol al horizonte, poniéndose ya tras los muros de su capital y dejando las nubes arreboladas con su luz ambarina.

En el cruce, tomaron el camino que giraba hacia la izquierda. Las petunias que bordeaban el empedrado eran blancas y amarillas esta vez, indicando la ruta hacia la torre oeste.

– Oh, mi peor enemigo. Las putas escaleras –gruñó Richard.

– Todo un ejercito de duros e indestructibles escalones, tío. ¿Podrás con él? ¡Vamos, el Pontífice siempre ha podido, y es un arrugado vejestorio!

– Tened cuidado Alteza, no vaya a ser que os oiga su Dios todopoderoso.

– Nuestro Dios –corrigió Redal carcajeándose.

Subieron los escalones de la torre oeste a un ritmo demasiado lento para gusto de Redal, pero era consciente de que la armadura dorada que llevaba su tío era un peso que a él no le habría gustado llevar. Ni el de su barriga, que por muy oculta que estuviera tras el acero, bien sabía que ahí estaba. Ni, por último, el peso de los años, pues Richard acababa de cumplir los sesenta y seis y la calva de su coronilla estaba rodeada por guedejas que con el tiempo se habían ido tornando más blancas y ralas.

Cuando el rey y el mariscal entraron en la sala, los presentes se levantaron de sus asientos con dolor y haciendo crujir sus huesos en el saludo protocolario. A Redal le gustaba ver sufrir al Pontífice.

– Alteza.

– Majestad.

– Mi rey.

– Buenas tardes, caballeros. Traigo aquí a un hombre fatigado y deseoso de beber una copa –miró a su nuevo chambelán y aquello fue suficiente para que Lord d’Estaing se dirigiera al armario a por las copas y el vino–. Bien, ¿de qué asunto tratáis?

– Últimamente hemos estado recibiendo quejas formales por algunos gremios de mercaderes. Al principio no hicimos caso, pues eran las típicas querellas de transportistas o comerciantes que habían tenido algún contratiempo con los saqueadores. Pero ahora son los Especieros los que lideran las protestas –explicó Philippe, el Consejero de la Moneda.

– Ah, ¿sí? ¿Y qué quieren que hagamos? –preguntó al aire mientras se sentaba en el sillón que presidía la mesa–. ¿Que mandemos al ejército a vigilar los caminos? ¿Qué pasa? ¿Es que no ganan suficiente con su asquerosa pimienta y su dulce canela como para llevar escolta? ¡Pobrecillos, qué pena me dan mis queridos especieros!

– Eso mismo pensábamos al principio, y por eso no le dimos importancia al asunto –intervino el chambelán d’Estaing mientras servía el vino a todos los presentes con sumo cuidado de no manchar su casaca dorada. Era un hombre bajo por lo encorvado que le habían dejado los años, de ojos color nuez, orejas abiertas capaces de oír los susurros de las paredes y nariz aguileña capaz de cazar oler los rumores y rastrear a la morralla que los difundía–. Pero, indagando un poco, el asunto es bastante más delicado. Parece que los escarabajos están creciendo en número y se están organizando mejor. Se han sofisticado. Actúan más a menudo y parece que los saqueos se concentran en el extremo sur del lago de Gobe.

– Sofisticados o no, siguen siendo saqueadores. Este asunto no debería estar al orden del día. ¡Tenemos una maldita conquista que preparar!

– Alteza, si me permitís ahondar un poco más en detalles, entenderéis la naturaleza del problema. No se trata de un problema de saqueos, pues, curiosamente, ya no los hay.

– ¿Entonces?

– Sospechamos que... ha habido un tipo de acuerdo entre ciertos transportistas y esa facción rebelde. Las caravanas que transitan esa ruta han pasado de ser unas cien a la semana a poco más de diez. Los pequeños mercaderes pagan una comisión a esos transportistas para que lleven su mercancía a buen puerto y puedan venderla allí. Los sederos se han enriquecido enormemente en las últimas semanas, y los especieros no encuentran a nadie para transportar sus polvos, acarreándoles así la ruina. Otros grandes gremios como los de los plateros o los lenceros no han dicho nada hasta ahora. Suponemos que pagan el soborno y se ajustan al nuevo sistema.

– Pues que se ajusten. Ya nos encargaremos de esos rebeldes cuando hayamos recuperado el imperio.

– Majestad... No deberíamos subestimar a los rebeldes –dijo el más anciano de todos con voz pesados, envuelto en su toga azul celeste. Sus ojos cansados y rodeados por una amplia sombra oscura miraban a la nada—. Al fin y al cabo, fueron ellos quienes acabaron con la dinastía de los Val'Dore.

– Creo que erráis, Pontífice. ¿O acaso no recordáis quien destruyó a Akun Val'Dore y apresó a Rose Mont'Arbre? –no esperó ninguna respuesta—. Cuidad esa salud, Santidad, pues si la demencia senil os alcanza tendremos que cambiar de... líder religioso.

Un silencio incómodo reino de pronto en la sala, mientras el sol enviaba sus últimos haces de luz rojiza sobre los muros de la ciudad y teñía rayas del color de la sangre en las aguas ya oscurecidas del lago Danesi.

– En cuanto a los sederos... Quizá deberíamos pensar en un escarmiento. Un impuesto especial quizá, o puede que un pequeño susto a su Patrona, la siempre tan cordial Silvie Besanzón.

– Un susto –preguntó el chambelán.

– Una corta estancia en las cámaras bajas de la casa de las cadenas nos aclararían muchas cosas...

– Ocuparos pues, Philippe. Lo dejo a vuestras hábiles manos. Pero no quiero ajetreo en las calles de mi hermosa ciudad –el rey se levantó para asomarse a ver la puesta de sol desde los ventanales de la torre oeste—. Mi hermoso imperio –susurró para sí—. Bien –pronunció, sin dejar claro a qué estaba dando su aprobación exactamente—. Hablemos de la guerra.

Justo en ese instante se oyeron fuertes golpes en la puerta. Los reunidos se miraron extrañados. ¿Quién osaría hacer tal cosa en pleno consejo real? Alguien poco sensato, desde luego. El rey se giró furioso y ordenó al Mariscal Richard que fuera a ver por qué los guardias habían permitido tal atrevimiento.

– Mariscal –era, precisamente, uno de los guardias—. Nos informan de que varios hombres han infiltrado la Fortaleza.